



el torrente de las poblaciones españolas, que no cesaban de protestar contra esta dominación, y á disgusto del clero cristiano de Galicia, que en una ocasión había enviado al obispo Idacio con la misión de solicitar de los romanos los ayudaran á sacudir el odioso y pesado yugo de aquellos feroces extranjeros.

Los suevos además se habían mantenido paganos. Pero una revolución religiosa se obró poco ántes de mediar el siglo V, entre los suevos de Galicia. Habiendo muerto en Mérida el sanguinario y conquistador Rechila, su hijo Rechiaro, que le sucedió, se convirtió á la religión cristiana. Pero el suevo ni dejó de ser bárbaro por ser cristiano, ni los pueblos experimentaron los efectos de su conversión al cristianismo. Habiéndose casado con una hija de Teodoredo el rey de los godos, salió á recibir á su esposa hácia los confines de los vasco-navarros, cuyas comarcas taló y saqueó. Desde allí quiso pasar á ver á su suegro, y franqueando los Pirineos avanzó á Tolosa, donde dejó admirados á los mismos godos de su rudeza y barbarie. De vuelta devastó y pilló los países de Lérida y Zaragoza, regresando impune á sus estados, porque no había soldados romanos que defendieran las provincias que aún pertenecían nominalmente al imperio. Tal era este primer rey cristiano de los suevos.

¿Qué hacían entre tanto los godos, que habían de ser los señores de España? Aunque los godos poseían la parte de la Tarraconense comprendida entre los Pirineos, el Llobregat y el Segre, sus dominios principales estaban en la Galia Meridional, donde ocupaban un territorio capaz de constituir un reino de regulares dimensiones. Hallaba no obstante su rey Teodoredo estrechos los límites de la Aquitania, y aprovechando las discordias que después de la muerte de Honorio traían más y más conmovido el ya harto trabajado y desfalleciente imperio, quiso recobrar todas las provincias de la Galia que Honorio había cedido primitivamente á Atilfo, y puso sitio á la fuerte ciudad de Arlés (426). Obligóle á levantarle y retirarse á Tolosa el general romano Aecio, gran sosten del maltratado edificio imperial en los momentos en que parecía deber

desplomarse con estrépito. Gracias é él, todavía el genio del porvenir representado por el pueblo godo conservaba un resto de respeto al genio de lo pasado representado por la vieja corte imperial. Trascurrieron así algunos años mirándose de frente los dos pueblos, viviendo alternativamente ya en guerra, ya en paz, entre alianzas y rupturas, pero siempre ensanchando Teodoredo y como empujando los límites de su reino hácia el Loire y el Ródano.

Más adelante, como viese el godo á los rivales de la corte romana, Aecio y Bonifacio, destrozarse en sangrientas guerras allá en Italia, dejando ya á un lado todo miramiento y consideración, púsose con su gente sobre Narbona (437). Acudió á combatirle Litorio, lugarteniente de Aecio, y uno de sus más ilustres oficiales, que simbolizaba la antigua Roma peleando todavía en nombre de los dioses del Capitolio. Orgulloso el general idólatra de haber rechazado á los godos y forzados á encerrarse otra vez en Tolosa, desdeñó admitir la paz que Teodoredo le proponía. Decidieron entonces los godos á correr los riesgos de una batalla. Dióse el combate; grande estrago sufrieron en él los romanos; el pagano Litorio perdió allí la vida, en castigo, dicen las crónicas cristianas, de la ceguedad de su idolatría, añadiendo que los godos hicieron proezas *con la ayuda de Dios y de su espada*, en cuya expresión se revela ya el genio naciente de la edad media. Extendióse con esto el imperio gótico hasta el Ródano, y guarniciones visigodas ocupaban las ciudades abandonadas por los romanos, siendo gustosamente recibidas por los pueblos; cansados de la opresión romana (439). Vióse forzada la corte imperial á solicitar la paz, que se negoció por mediación de Avito, prefecto pretoriano de las Galias, suegro de Sidonio Apolinar, el obispo poeta, que con tanta viveza y exactitud supo pintar los complicados sucesos de esta época tan revuelta y procelosa.

Época de dolores y de angustias era ésta ciertamente: en todas partes lanzaba gemidos tristes la humanidad; todo era pelea, todo matanza y desolación, todo desorden, confusión y espanto; el mundo sufría una especie de movimiento convulsivo; no había reposo para la



gran familia humana en parte alguna; en Oriente y en Occidente, *à solis ortu usque ad occasum*, se guerreaba sin cesar; no se conocían los límites de los pueblos; nada aseguraba los tratados: la fuerza era el derecho de los hombres; cada cual se asentaba donde podía, y lo que conquistaba, aquello hacía suyo; la barbarie andaba mezclada con los restos del mundo civilizado, y los semi-bárbaros luchaban alternativamente con todos. Los godos, semi-bárbaros y arrianos, pelean en España con los suevos, alanos y vándalos, bárbaros y gentiles; en la Galia con Aecio, general romano y católico, y con Litorio, general romano también, pero idólatra. Aecio, representante de la antigua cultura, lleva por auxiliares en su ejército á francos, borgoñones, hunos y alanos, los más feroces y salvajes que habían brotado la Germania y la Escitia; Bonifacio, general romano también, llama en su auxilio á los vándalos; y Bonifacio y Aecio, romanos los dos, pelean entre sí, ambos con auxiliares bárbaros, y la larga lanza del uno se hunde en el corazón del otro: hombres, pueblos, sociedades, cultos, todo se confunde en sangrienta mezcla, y no había quietud en el universo. No nos maravilla que los más creyentes de aquel tiempo sospecharán si la Providencia había retirado su tutela á la humanidad. Pero tampoco faltaron hombres ilustrados que penetraron por entre la oscuridad de aquella descomposición, por entre la nube de aquel laberinto de males los secretos designios de la ley providencial, y esperaron y proclamaron que tras aquellos sufrimientos y dolores alcanzaría la humanidad una condición más ventajosa, más digna de los altos fines de la creación que la que hasta entonces habían conocido los hombres.

Un grande acontecimiento viene á unir á los romanos, á los francos y á los godos, que hasta ahora han estado sosteniendo entre sí varias y muy vivas guerras en las Galias. Por fortuna, como hemos visto, se había ajustado una paz entre Aecio y Teodoredo, lo cual les facilitó el concertarse para resistir aunados á un enemigo común formidable y poderoso, que de nuevo amenazaba al Occidente. ¿Quién es,

y de dónde viene ahora este terrible adversario?

Parecía que el Septentrion debería haber agotado ya sus hordas salvajes, habiendo inundado con ellas el mundo. Pero hé aquí que un nuevo y más copioso torrente se desgaja de aquellas ásperas y frías regiones; hé aquí que á la cabeza de nuevas y más formidables masas de guerreros agrestes y feroces se presenta el rey de los hunos, el jefe de la raza más bárbara y fiera, el *Azote de Dios*, Atila; que vencedor de los persas en Asia y de los bárbaros en Europa, teniendo sujetas á su imperio la Escitia y la Germania, y por vasallos á los gótipos y los ostrogodos, había asustado con sus hordas á Constantinopla y concedido al emperador Teodosio II reinar á costa de cederle la Iliria y de pagarle seis mil libras de oro y un tributo anual. Atila, triunfador de los marcomanos, de los quados y de los suevos, y dueño de Hungría, á que habían dado nombre los hunos; Atila, desde el fondo de su ciudad cercada de bosques dudaba á cuál de las dos partes del mundo extendería su brazo conquistador, si al Oriente ó al Occidente, ó si los abarcaría ambos ahogando entre sus brazos toda la Europa como el cuerpo de un gigante. Decidióse por el Occidente, y emprendió su camino para las Galias (451), al frente de quinientos mil guerreros, según unos, de setecientos mil según otros (1). Veamos lo que contribuyó á moverle á esta elección.

Teodoredo, rey de los godos, había casado una de sus hijas con Hunnerico, hijo del rey de los vándalos de África. Por una sospecha de envenenamiento, el bárbaro Hunnerico había hecho cortar la nariz y las orejas á su mujer, y enviádola así á su padre. Temeroso el vándalo de que este acto de inaudita y horrible barbarie había de excitar justo resentimiento y natural venganza de parte de los godos, incitó vivamente á Atila á que acometiera el Occidente, persuadiéndole que con su ayuda se haría fácilmente dueño de Italia, de las Galias, de España y de África, y que serían los señores del mundo. Resolvióse á ello Atila, impeli-

(1) Jornand. Hist. Goth.—Prisc. p. 64.





do también por otras causas, y no pudiendo ocultar el movimiento de sus innumerables hordas, quiso, aunque bárbaro, engañar con maña á unos y á otros, escribiendo al emperador Valentiniano que aquel aparato de gente y armas se dirigía sólo contra los visigodos, para acabar con ellos y restituir al imperio romano las provincias que le tenían usurpadas, y escribiendo por otra parte á los godos que aquel armamento se encaminaba á asegurarles la pacífica posesión de las tierras que habían conquistado á los romanos, sus comunes enemigos. Fortuna que ni unos ni otros le creyeron: antes concertáronse entre sí Teodoro, rey de los godos, y Aecio, general romano, y áun trajeron á su partido á Meroveo (*Mere-Wich*), primer rey de los francos, y fundador de la monarquía merovingia en las Galias, y aunáronse y estrecháronse todos para hacer frente al impetuoso Atila. Éste emprendió su movimiento desde la Pannonia, atravesó la Germania, pasó el Rhin, y se entró por lo que ahora es la Lorena, deteniéndose á la orilla del Loira delante de Orleans, porque los godos y los romanos habían marchado apresuradamente á su encuentro, y habían llegado á aquella ciudad. Con esta noticia Atila se retiró á los famosos *Campos Cataláunicos*, cerca de Chalons-sur-Marne, cuya extensión era de cien leguas, de sesenta y dos su latitud, según el historiador Jornandes (1): una colina que se elevaba sensiblemente cerraba la llanura.

Por la mañana ordenaron unos y otros generales sus ejércitos en batalla. Así los hunos como los aliados se dividieron en tres cuerpos. «Véase reunida (dice Chateaubriand) una parte considerable del género humano, como si hubiera querido Dios pasar revista á los ministros de sus venganzas en el momento en que acababan de llenar su misión: iba á distribuirles la conquista, y á señalar los fundadores de los nuevos reinos. Estos pueblos, venidos de todos los extremos de la tierra, habíanse colocado bajo las dos banderas del mundo futuro y del mundo pasado, de Atila y de Aecio. Con los romanos marchaban los visigo-

(1) *Jorn.*, cap. XXXVI.

dos, los letos, los armoricanos, los galos, los bretones, los sajones, los borgoñones, los sármatas, los alanos, los ripuarios y los francos sujetos á Meroveo: con los hunos militaban otros francos y otros borgoñones, los rufanos, los hérulos, los turingios, ostrogodos y gépidos.» «Paganos, cristianos, idólatras (añade otro escritor), habían sido llamados á esta batalla innarrable.»

Atila se mostraba como turbado: acaso no esperaba encontrar tantos enemigos. No se resolvió á entrar en acción hasta las tres de la tarde. Aún arengó á sus soldados diciendo: «Despreciad esa turba de enemigos de diversas costumbres y lenguas, unidos por el miedo. Precipitad sobre los alanos y los godos, que hacen toda la fuerza de los romanos: el cuerpo no puede tenerse en pié cuando le arrancan los huesos. ¡Tened valor! ¡mostrad vuestro acostumbrado arrojo! Nada puede el acero contra los valientes cuando no les ha llegado su destino. Esa despavorida muchedumbre no podrá mirar á los hunos cara á cara. Si el éxito no me engaña, estos son los campos en que nos han sido prometidas tantas victorias. Yo arrojaré el primer dardo al enemigo: el que se atreva á ir delante de Atila caerá muerto» (1).

La batalla fué la más sangrienta que vieron los siglos: mezclábanse los contendientes en masas de cien mil: pronto aquellos dilatados campos se ocultaron bajo una inmensa capa de cadáveres: los vivos peleaban sobre los muertos. Los ancianos que vivían cuando el historiador de esta batalla era todavía joven, contábanle que habían visto un arroyuelo que pasaba por aquellos campos heroicos salirse de su cauce y convertirse en torrente acrecido con la sangre; que los heridos se arrastraban á apagar la sed al arroyo, y lo que bebían era la sangre que acababan de derramar. Añade el historiador de los godos, que los que vivían en aquel tiempo y no pudieron ver cosa tan grande, se perdieron un espectáculo maravilloso (2), pero maravillosamente horrible, pudo

(1) *Adunatas despiciat dissonas gentes, etc.* *Jornand. ibid.*

(2) *Cap. XL.*





ATILA DESPUES DE LA DERROTA EN LOS CAMPOS DE CHALON

añadir. Ciento sesenta y dos mil muertos cubrieron la llanura, y hay quien los hace subir á doscientos mil: no sabemos adónde hubiera llegado la carnicería si no hubiera sobrevenido la noche. Perekó en la batalla el valeroso Teodoro, rey de los godos, buscando á Atila. Encontróse su cuerpo sepultado bajo un espeso monton de cadáveres. Pero Atila habia sido vencido. El fiero caudillo de los hunos pasó la noche atrincherado detras de sus carros, cantando al són de sus armas, al modo del leon que ruge y amenaza en la entrada de la caverna adonde le han hecho retroceder los cazadores (1).

Atila creyó llegado su fin, y esperaba ser atacado á la mañana siguiente. Pero el silencio de los campos le dió á entender que los enemigos habian renunciado á aniquilarle, como hubieran podido y él temia. ¿Por qué los vencedores dejaron escapar tan bella ocasion de acabar con el coloso del Norte? Verdad es que ni ellos mismos supieron al pronto que habia sido suya la victoria, hasta que la luz del nuevo dia les enseñó que la mayor parte de los cadáveres que cubrian aquellos campos de muerte eran de los hunos. Pero otra causa influyó más en aquella extraña determinacion. El activo Aecio, que habia visto la heroica conducta de los godos en la batalla, sospechó que si se consumaba la destruccion de Atila tomarian demasiado ascendiente en el imperio, y á este espíritu de celosa rivalidad debió Atila su salvacion. Los godos habian proclamado rey á Torismundo, hijo mayor de Teodoro, y Aecio tomó de aquí pretexto para alejar al godo, persuadiéndole debia apresurarse á marchar á Tolosa para hacer confirmar su eleccion ántes que alguno de sus hermanos se le anticipase. Á Meroveo, jefe de los francos, le hizo tambien retirarse gratificándole largamente, y esta era la causa del silencio de los campos que otó Atila, al cual de este modo hizo Aecio puente de plata para escaparse, como lo ejecutó volviéndose á la Pannonia.

De corta duracion fué el reinado de Torismundo. Avaro, cruel y revoltoso, hizose aborrecer del pueblo y de los suyos, y concertá-

(1) *Strepens armis canebat, etc. Id. ibid.*

ronse para desembarazarse de él sus dos hermanos Teodorico y Frederico. Hiciéronle, pues, asesinar, y Teodorico (*Theod-rick*, poderoso sobre el pueblo) fué aclamado rey de los godos, enviando á Frederico á España, de acuerdo y á solicitud del emperador Valentiniano, á sujetar á los bagaudas que inquietaban los campos de Tarragona (453).

Recorramos ahora una serie de crímenes que rápidamente se sucedieron para acabar de precipitar el imperio romano por los romanos mismos. Valentiniano, despues de la muerte de su madre Placidia soltó los diques á todo género de pasiones torpes y violentas. Celoso de Aecio, asesinó al único que por largo tiempo habia sustentado con su valor un imperio moribundo: el último romano perekó al filo de la espada del mismo emperador á quien habia sostenido. Era la primera vez que la desenvainaba Valentiniano. Este imbécil príncipe puso sus torpes ojos en una honesta y hermosa romana, mujer del rico senador Máximo: la llamó engañosamente á su palacio, y no pudo libertarse de su bárbara violencia: la infeliz murió de pesar: Máximo quiso vengarse del lascivo príncipe, y halló fácilmente quien le ayudara en sus proyectos: dos asesinos clavaron sus puñales en el pecho de Valentiniano, en medio del dia, y el pueblo celebró el asesinato.

Máximo fué proclamado emperador en lugar del violador de su mujer. Pero Máximo se obstinó en casarse con Eudoxia, viuda de Valentiniano, contra la voluntad de ésta, que viéndose forzada á ello llamó en su socorro á Genserico, rey de los vándalos: ¡qué complicacion de sucesos! El terrible instrumento de la venganza marcha sobre Roma, Máximo intenta escaparse, y el pueblo le hace pedazos. Genserico entra en Roma, y la ciudad eterna es entregada al saqueo por espacio de catorce dias y catorce noches. Las estatuas y objetos artísticos que Alarico habia perdonado, despedázalas los vándalos por recreo y por el instinto de destruir: lo único que recogen es la plata y el oro. Roma era ya un cadáver que Genserico acabó de despojar. Los bárbaros vuelven á embarcarse, y trasportan á Cartago las últimas riquezas de Roma, como algunos siglos ántes





había llevado Escipión á Roma los tesoros de Cartago. ¡Qué cambio de tiempos! Entre los tesoros se encontraron los adornos robados por los romanos al templo de Jerusalem. ¡Extraña mezcla de ruinas! todo va pasando á poder de los bárbaros.

Indignados los godos de la destrucción vandálica de Roma, se congregan en Arlés para dar á los romanos un emperador. Sidonio Apolinar nos pinta esta asamblea electoral con las siguientes palabras: «Conforme á su antigua costumbre, reúnen sus ancianos al salir el sol: bajo el hielo de la vejez conservan el fuego de la juventud. No es posible ver sin disgusto el lienzo que cubre sus descarnados cuerpos, y las pieles con que se visten apenas descienden más abajo de las rodillas. Usan botines de piel de caballo, que aseguran con un simple nudo en medio de la pierna, cuya parte superior permanece descubierta.» El resultado de la deliberación fué elevar al imperio á Avito, suegro de Sidonio Apolinar, que regia entonces las armas romanas en las Galias. Avito partió para Italia.

Los suevos de Galicia, siempre belicosos, siempre inquietos y siempre feroces, mandados por su caudillo Rechiario, invadieron otra vez la provincia de Cartagena. En vano Avito y Teodorico unidos le enviaron embajadores intimándole que respetara las provincias del imperio. Los embajadores fueron maltratados, y Rechiario acometió y saqueó la provincia de Tarragona. Nuevos embajadores, nueva intimación y nuevo desprecio. Fué ya preciso que Teodorico acudiera con un ejército de godos y romanos á castigar la insolencia del suevo. Pasa Teodorico los Pirineos, Rechiario se retira, el godo le persigue, y viene á alcanzarle á cuatro leguas de Astorga, junto al río Orbigo, en una llanura llamada el Páramo (456). Empéñase allí la pelea, los suevos son derrotados con gran mortandad, y su jefe Rechiario se retira herido á las extremidades de Galicia. El godo avanza en su persecución: la ciudad de Braga abre las puertas á los godos acogiéndose á su piedad: no se quitó la vida á nadie, pero los principales suevos fueron hechos prisioneros, las casas saqueadas, los templos despojados,

derrribados los altares y las iglesias convertidas en caballerizas: y eso que los godos eran los menos feroces de todos los bárbaros. Rechiario, enfermo de su herida, fué descubierto en su retiro, entregado á Teodorico y condenado á muerte. Parecía, pues, destruido el imperio suevo en España por los godos. Teodorico salió de Braga, corrió la Lusitania, y se apoderó de Mérida, donde recibió la noticia de que Avito había sido desposeído del imperio en Roma por el famoso suevo Ricimer, lo que movió al rey godo á regresar á su capital de Tolosa, no sin dejar en España una parte de su ejército, que tomó por engaño á Astorga, la saqueó y pasó á cuchillo sus habitantes: hizo lo mismo en Palencia; acometió en seguida á Coyanza (hoy Valencia de Don Juan) sobre el río Esla, cuyo castillo no pudieron tomar, y de allí se retiraron á la Aquitania. Este fué el principio del engrandecimiento de la dominación goda en la Península. El pensamiento de Avito y Teodorico era ayudarse mutuamente á engrandecer el imperio godo y el romano: quizá lo lograrán si Roma no estuviera ya destinada á perecer muy pronto.

En efecto, el suevo Ricimer, nieto de Valia, había destronado á Avito, y vestido con la raiada púrpura imperial á Mayoriano: pero Mayoriano comenzó á dar sábias, justas y saludables leyes, y á reanimar la gloria romana, y no había sido la intención de Ricimer sentar en el trono á un hombre de talento: promovió, pues, una sedición, y le forzó á abdicar: puso la rota diadema sobre la cabeza de Livio Severo, especie de autómatas imperial, y por lo mismo muy del agrado de Ricimer. Mas luego convínole á éste deshacerse de Severo, le envenenó, y puso en su lugar á Anthemio, con cuya hija se casó. Indispúsose luego con su suegro, y trasladó la vieja púrpura de los hombros de éste á los de Olibrio, que se había casado con Placidia, hija de Valentinián III. Roma por este tiempo fué saqueada tercera vez. Anthemio fué muerto; murió también Olibrio, y Ricimer mismo cayó en la tumba en que había precipitado á cinco emperadores hechos por su mano.

Entre tanto la España participaba de la espantosa descomposición que trabajaba el mun-



do. Creemos deber aliviar á nuestros lectores de la relación minuciosa de unos sucesos numerosos, confusos y embrollados, en que figuran muchos caudillos y ningún héroe; sucesos que pueden interesar sólo por sus resultados, no por sus pormenores; hechos comunes, guerras parciales, nombres oscuros, correrías y saqueos. ¿Qué podemos decir de los suevos Maldras, Frumar, Remismundo, y otros cuyos nombres nos han transmitido las crónicas de aquel tiempo? ¿Qué eran y qué hacían? Eran caudillos que peleaban entre sí, que saqueaban, que se sometían á los godos, que se hacían arrianos como ellos, que todos tomaban el título de rey, sin que esto significase más sino que iban al frente de cierto número de parciales que seguían sus banderas, que morían en batalla ó asesinados, sin dejar á la historia otra cosa que un nombre que recogió un historiador. Los hérulos, que podemos llamar el pueblo corsario de los bárbaros, se acercaban con sus flotas á las costas de España, entraban en las poblaciones que hallaban desprevenidas, las saqueaban y volvían á embarcarse con los despojos. Teodorico, rey de los godos, enviaba sus generales y sus ejércitos á España, y sometiendo á los suevos, á unos por medio de tratos, y á otros por la vía de las armas, iba ensanchando sus dominios en la Península, al paso que estrechaba los de los suevos, que redujo á los términos de Galicia, quedando él dueño de la Bética y de casi toda España, á excepción de algunas ciudades que aún obedecían á los romanos. Teodorico extendió también sus posesiones de las Galias, dominando desde el Loire hasta los Pirineos, de manera que el imperio godo fué el que creció al través de tantas discordias, al compás que menguaba el de los suevos y el de los romanos. En cuanto á religión, el arrianismo era el que dominaba, y dominaba á costa de la opresión de los católicos, de la persecución de los obispos ortodoxos, y de la destrucción de los templos. Entre los prelados católicos á quienes alcanzó la persecución del arrianismo fué uno Idacio, autor de una de las crónicas de que hemos tomado una parte de la relación de estos sucesos.

Tan trabajosa y lentamente se iba fundan-

do en España la monarquía goda. Veremosla crecer con Eurico, que sucedió á Teodorico su hermano, á quien quitó la vida en Tolosa á fines del año 466.

Tan luego como Eurico (*Ernich*, rico en leyes) fué ensalzado al trono de los godos (si trono podía llamarse todavía), sirviéndole de pedestal el cadáver de su hermano, concibió el pensamiento de hacer un reino gótico independiente en todo el territorio que Roma había poseído en la Galia y en España. El estado de disolución y de agonía en que se hallaba el imperio le brindaba ocasión favorable á sus fines, y tuvo además la precaución de negociar alianzas con Genserico, rey de los vándalos, con Remismundo, que lo era de los suevos, y con Arvando, prefecto de las Galias y otros gobernadores romanos. Escasa, por lo tanto, fué la resistencia que halló Eurico en la Galia. Envió, no obstante, contra él á Glicerio, que había sucedido á Olibrio en lo que todavía se llamaba imperio de Occidente, un ejército de ostrogodos mercenarios; pero éstos, que eran arrianos, en lugar de combatir se unieron á los visigodos, que lo eran también. Siagrius, general romano, que le atacó con un cuerpo de auxiliares francos al mando de su rey Hilderico, sucesor de Meroveo, fué vencido y derrotado. Ecdicio era el único que con heroico valor se sostenía en la Auvernia; mas habiendo recibido orden de Julio Nepote, uno de esos fantasmas coronados que pasaban como fuegos fatuos sobre el agonizante imperio de los Césares, para que cediera la provincia al godo, ya nada pudo impedir á Eurico hacerse dueño de toda la Galia. Tomó, pues, á Arlés, Marsella, Clermont, desde donde pasó á Burdeos á recibir las felicitaciones de los príncipes vecinos. Hé aquí cómo nos pinta Sidonio Apolinar á los príncipes ó emperadores que á aquella corte concurrían: «Vemos allí, dice, al sajón de ojos azules... al viejo sicambro, que rapado des-» pues de la derrota deja crecer de nuevo su «cabellera hácia el occiput; el hérulo de mejillas verduscas como los golfos del Océano que «habita; al borgoñon, alto de siete piés, que «dobla la rodilla para pedir la paz, etc.»

No fué menos feliz Eurico en sus conquistas